SUPLEMENTO AL NÚMERO 26.354

LA ÉPOCA

DEL DOMINGO

Año V : Núm. 178

HUÉSPED ILUSTRE

M. René Bazin

Si Thérive ha podido titular uno de sus notables estudios de crítica «Huysmans, o el horror de la naturaleza», acaso a René Bazin pudiera calificársele como «bienhechor del hogar feliz», pero con felicidad basada en la conciencia del deber, en la exaltación de los sentimientos cristianos, en la tierna compasión a los humildes y los pobres de espíritu que las Bienaventuranzas santifican, en la caridad como virtud que Bazin ha llevado a la literatura valiéndose de un estilo limpio y translúcido como cristal.

René Bazin nació en Angers, en el Anjou, departamento del Maine-et-Loire, en 26 de diciembre de 1853. Comenzó su carrera como catedrático en la Facultad católica de Derecho de su ciudad natal. Originario de una familia católica, Bazin es uno de los autores que jamás han sido otra cosa más que católicos, hecho digno de tenerse en cuenta por el gran número de convertidos que hay en la literatura católica francesa de nuestros días. Existen entre sus producciones primorosos libros de viajes: *Cróquis de Italia, Italianos de hoy, Sicilia, Cróquis de Francia y de Oriente* y esa admirable *Terre d'Espagne* en que da pruebas de conocernos y de amarnos, sus otras obras—novelas, biografías, ensayos y críticas que no cito en su totalidad porque la lista es muy copiosa—llevan los siguientes títulos: *Estefanneta, Una mancha de tinta, Mme. Corentina, Con toda su alma, Historia de veinticuatro campanillas, El guía del emperador, Relatos del llano y de la montaña, Memorias de una solterona, Donaciana* y las novelas que pudiéramos llamar de la familia, la tierra, la región y el mar, como *La tierra que muere*, donde se estudian las postrimerías de una familia de colonos en las regiones pantanosas de la Vendée; *Les Oberlé*, que recuerda por su ambiente alsaciano *El amigo Fricht* de Erckmann-Chatrian y que es un relato de la familia en Alsacia durante la dominación alemana; *Los nuevos Oberlé*, libro que exalta el sentimiento de patria y nos dice cómo siente quien lo ha escrito la Alsacia y la Provenza; *La aislada*, historia de una religiosa secularizada por la ley de proscripción; *El trigo que levanta* que se refiere al apostolado popular de los jóvenes; *Davidée Birot*, cuyo asunto es la conversión de una maestra de instrucción primaria; *Gingolph, el abandonado*, con la vida de los pescadores de Boulogne y escenas marinas deliciosas; *La closerie de Champdolent*, modelo de novela rural para estudiar los efectos de la guerra en los campos... las dos biografías *El Padre de Foucauld* y *Paul Henry, alférez de marina*, con las cartas de este heroico oficial que murió en Pekín luchando contra los boxers; *La dulce Francia*, magnífico canto de amor a su tierra y su patria, evocación de las glorias que cupieron en suerte al pueblo de San Luis...

Bazin ha traducido del inglés a su lengua las *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, de Burke, con muchas y muy sabrosas notas.

Sus libros a propósito de la guerra revelan también su patriotismo y su talento.

Desde 1904 Bazin es académico de la Francesa, sucedió allí al dramaturgo y exquisito conferenciante Ernesto Legouvé.

Nuestro huésped insigne tiene una hija que es asimismo escritora muy estimable: Mme. Sainte-Marie Perrin.

Entre las influencias literarias de Bazin se han señalado las de Mayne Reid y Julio Verne. Pase en lo que se refiere a lo accidental y pintoresco de su obra. Por la esencia, el nervio, lo fundamental de su espíritu y de su producción, el estilista de *La dulce Francia* pertenece al grupo ideológico y literario de Barrès, Bourget, Maurras y Bordeaux.

Nadie mejor que el novelista de *La tierra que muere* para elogiar en «tierra de España» al autor de *Les déracinés*. Barrès y Bazin marchan unidos por un solo pensamiento y un ideal único: el culto de la familia, la adhesión de la familia a la tierra que fué de sus antepasados. Como Le Play y los autores citados más arriba, cree Bazin que la sociedad no puede tener otro cimiento que la familia, organizada según el patrón cristiano, santificada por el sacramento del matrimonio y llevando juntos, en el alma, el amor a la patria y el amor a Dios, manifestado, como antes dije, en la caridad. La institución familiar se cuartea y amenaza ruina en cuanto se la despoja de su carácter religioso. Si la familia, fundamento de la sociedad y de la nación, corre peligro por haberse debilitado ¿cuál no será el escollo que amenaza al país? Barrès supo verlo y advertirlo en muchas de sus obras literarias y en sus discursos políticos. Maurras le opone su dialéctica de acero, Bourget trata de evitarlo con las tesis de sus novelas que construye con arquitectura muy sólida como los fuertes de Vauban. Bordeaux combate a los enemigos de la familia y, por consecuencia de la religión y de la patria, sirviéndose de una crítica fina y penetrante y de un estilo en el que abundan los rasgos de ingenio.

Los escritores nombrados llevan al convencimiento por el camino de la lógica, del raciocinio.

René Bazin, en cambio, se dirige al corazón y a la voluntad y practica la teoría del «bien por el bien». Católico y con alma de apóstol, su único objeto al escribir, es llevar la felicidad a sus lectores. Pinta para ello almitas buenas, bañadas de luz y blancas como lirios. Ejemplos son las cinco religiosas de *La aislada*, los corazones delicados que nos enamoran en *Davidée Birot* y *Con toda su alma*...

La tesis general de Le Play, Barrès, Bourget, Maurras y Bordeaux toma en el espíritu y en la obra de René Bazin naturaleza sentimental, afectiva, popular en cierto modo. Es el franciscano de la cofradía. Infunde la verdad por los caminos de la ternura, la delicadeza, el amor... como don Juan Valera, opina que el principal objeto de la novela es divertir honestamente el ánimo, pero sus libros además perfeccionan en lo moral y ponen al lector satisfecho de ser honrado, puro, amante de su hogar, de sus antepasados, de su patria, de su Dios...

Luis ARAUJO-COSTA.

Nuestra joven literatura

Debemos congratularnos de que una revista francesa—«Intentions»—dedique un número especial a «la joven literatura española». Y no por el simple hecho—que ya fuera bastante—de que el vecino país atienda con curiosidad inteligente a nuestra vida literaria, sino además, y sobre todo, porque apunte en ésta un grupo de escritores capaz de merecer aquella atención.

El número de «Intentions» a que aludimos, dedicado muy alto en pro del hispanismo de Valery-Larbaud: hispanismo del mejor, como formado que está de amor y conocimiento, de inteligencia y sensibilidad; hispanismo constantemente acreditado. El ilustre novelista, crítico y poeta, ha seleccionado, si no vamos equivocados, los elementos que integran esta interesante Antología de «Intentions», y la prologa con unas líneas, dechado de agudeza y de certeras evocaciones.

La joven literatura española constituirá, a buen seguro, una sorpresa para el lector francés, más o menos «españolizante». Pero no deja de ser curioso que también habrá de sorprender a los españoles mismos. Fenómeno de no difícil explicación. Porque no se trata únicamente de que los escritores recientes sean nuevos, en cuanto nacidos hace muy poco a la vida literaria, sino nuevos en orden a sus respectivas divisas técnicas y estéticas. En esta novedad, superior a la puramente cronológica, radica el motivo de su interés, pero al mismo tiempo, la razón de su impopularidad. Mejor dicho, de su «apopularidad».

Las gentes andan siempre un poco rezagadas en lo que hace relación a las ideas y a los sentimientos que el proceso histórico—en Literatura como en Política—va creando. Rezago que, naturalmente, se hace más perceptible en punto a creaciones estéticas. Aparte de que en todo instante suelen manifestarse vocaciones puras de creación, que, precisamente, por serlo, se desentienden de toda aspiración expansiva. Al decir esto, apuntamos uno de los rasgos que mejor definen la generación literaria que ahora se contornea en nuestro horizonte. La joven literatura no busca grandes masas de lectores ni da a sus obras sentido social de ninguna especie. El hondo latido humano que aseguró la asistencia de público amplísimo a los románticos, por ejemplo, falta en las figuras literarias del día. Conciertan los nuevos sus versos, o componen sus prosas, al dictado de una voluntad que no pretende sino la realización de un arquetipo estético. No entran en tales designios intenciones que busquen—ni remotamente—el pasatiempo de cualquier lector. De aquí que la espléndida floración de la lírica, coincida con la visible decadencia de las formas narrativas. En la prosa de ahora se ha marcado un proceso descendente en esta escala: ensayo, glosa, aforismo. Es así cómo la razón discursiva ha ido buscando un escape análogo al de la intuición poética: escape genuinamente lírico de puro personal.

¿Quiénes forman en la legión de la literatura que alborea? Trece son los escritores recién nacidos que cubren las páginas de «Intentions» con muestras escogidas de su arte. Uno de ellos, Antonio Marichalar, los presenta en una «Introducción» excelentísima. Bien se advertirá que no tienen biografía sujetos que se hallan en plena juventud. Más, en los datos que en relación con ellos pueden aportarse—y que Marichalar aporta—se observa que no existe en la nueva generación lo que en tiempos se llamó un «ingenio lego». Al contrario: todos son hombres de muchas y bien acordadas letras. Algunos son ya catedráticos. Otros, aspiran a serlo. Y todos son hombres de biblioteca, de laboratorio, de viajes, ricos en medios instrumentales de cultura. Ello da un aire especial a la atmósfera en que respiran. Aire de bien escasas reminiscencias nacionales, si es que vinculamos éstas en elementos de los llamados «pintorescos». Lo «pintoresco español»—tan sugestivo como todo lo que representa unidad específica, bien caracterizada, pero tan desconceptuado, a fuerza de mixtificaciones—, no está presente en la nueva formación literaria. Y presentimos que se nos objetará con el nombre de Federico García Lorca. Pero las características de éste, a tal respecto, no son comunes a los restantes poetas. Sin contar con que la Andalucía de García Lorca no es el cromo tradicional, pintado ya mil veces, sino la estampa tan primorosamente estilizada, que el tema significa mucho menos que su expresión, haciéndose el color ritmo y el ritmo acento purísimo de una creación auténtica.

Salvo José Bergamín, Adolfo Salazar, Fernando Vela y el propio Marichalar, los escritores que selecciona «Intentions» son poetas. A saber: Dámaso Alonso, Rogelio Buendía, Juan Chabás—que es, a la vez, delicado prosista, con estilo muy testado por el sol mediterráneo—Gerardo Diego—espíritu de orden clásico, místico de su fe «creacionista», maestro de la imagen pura—, Jorge Guillén—tan saturado en su alma de esencias poéticas, que trasciende hasta empapar su prosa, y aún su misma voz de amigo, voz genuinamente lírica, matizada y confidencial—, Antonio Espina, en cuyo temperamento riñen batalla contrapuestos impulsos, sin que sea menos vigoroso el que le llevaría a triunfar en el periodismo de combate; Federico García Lorca, antes aludido, transfigurador de viejos motivos, dueño de raras dotes de invención, que darán a nuestro teatro el empuje de un insospechable sentido poético; Alonso Quesada, lejano de Madrid, pero muy próximo a nuestra estimación, y Pedro Salinas, plantado con firmeza en la curva decisiva de los treinta años, oteador encumbrado de un doble panorama: erudición y lírica, como autor que es de una próxima edición de Meléndez Valdés, y de un exquisito volumen de versos, «Presagios», apenas nacido a la luz de los escaparates.

Cualquiera de estos nuevos poetas merecería un estudio especial. No es éste el momento indicado para hacerlo. Pero retenga el lector sus nombres. Corresponden a quienes se aplican hoy a la tarea de renovar las florestas del jardín de nuestros líricos. Y ellos cortarán la rama de laurel.

José Bergamín es el más aventajado de los prosistas recientes. Y no creemos que este juicio hiera susceptibilidades respetables. Pero es lo cierto que ningún escritor joven ha movido en la entraña de su alma tanta masa de ideas como ágilmente trae y lleva José Bergamín en las «dudas y afirmaciones aforísticas» que integran su primero y hasta ahora único libro «El cohete y la estrella». Ya este título—aparte de su valor como expresión felicísima—marca un rumbo del pensamiento. José Bergamín alza la mirada hacia los anchos cielos. El cohete de su anhelo va en busca de la estrella, tragaluz del Infinito. Y no es frecuente, a la hora marcada por los gustos del día, que los escritores conviertan sus ojos hacia temas de índole semejante. Y conste que el cronista, en trance de referir sus opiniones a las de Bergamín, no escatimaría las salvedades y aún las discrepancias. Pero no tenemos derecho a exigir coincidencias. Hemos de satisfacernos—y no es poco, sino mucho—con que cada cual ejercite sus potencias y ansias de conocer. Y ello define a José Bergamín, en cuyo parecido físico con el Pascal que retrató Lepat, no deja de apuntar cierta filiación espiritual.

De Antonio Marichalar hallamos, en «Intentions», aparte de las notas preliminares a que antes hacemos referencia, unas agudas notas críticas a propósito de Gide. De Adolfo Salazar, unas vistas de Andalucía, tan personales como exactas, de gran fineza y tino. Y de Fernando Vela, un ensayo sobre el teatro de Pirandello, que acredita su buena percepción.

No sobra ninguno de los escritores incluídos en la Antología de «Intentions». Valga este hecho por el mejor de los elogios que pueda merecernos la faena selectiva llevada a cabo. Pero faltan no pocos. Antonio Marichalar trata de salvar las omisiones, citando unos cuantos nombres en su Introducción. Cita a Eugenio Montes, a Guillermo de Torre, a Larrea, a Pérez Domenech, a Neville, a Ciria y Escalante... (No podemos enunciar este nombre, sin plantar junto a él una cruz funeraria en Ciria y Escalante—adolescente favorito de la Muerte—acaba de frustrarse una promesa segura.) Cita, asimismo a Fernando González, a Claudio de la Torre, recientemente laureado en el concurso nacional de Literatura...

Mas así y todo, aun faltan dos nombres que es preciso incorporar al grupo escogido de las Letras de hoy: Manuel Abril y Mauricio Bacarisse.

No tenemos por qué resistir a una tentación. Nos tienta el tema siguiente: ¿Por qué en la generación intelectual que se aproxima a una gozosa madurez, no prende el interés por la cosa pública? Una juventud dotada de sentimientos cívicos, podría asumir funciones que luchas políticas, que, bajo unas u otras formas, ella sólo puede realizar, en la vanguardia de las es necesario reñir siempre. Pero los españoles jóvenes no parecen sentir en el pecho el fervor ciudadano que consumiera las energías de sus padres y abuelos. Interprete cada cual este fenómeno como guste. Su consideración nada tiene que ver ya con el florilegio literario que ha inspirado estas líneas.

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO.

La recepción de S. M. Víctor Manuel III

Se despidió de Madrid el Rey Víctor Manuel III, poniéndose en contacto con la representación municipal y con la aristocracia del saber. Horas antes lo tuvo con el Ejército y con toda la nobleza. Restábale pasar unos instantes con esa falange de hombres, que quien más quien menos todo se lo deben a sí mismos. Allí, para rendirle homenaje, estaban congregadas las personas que representan legítimamente la más alta jerarquía de la capacidad, el talento y la cultura Patria, y no faltó ni la del Arte, ni la de la Literatura, ni la de la Ciencia. Altamira, Moreno Carbonero, Fresno, Espina, Carracido, Menéndez Pidal, Gaspar y Remiro, Ibarra, Maura, Pérez de Guzmán, Ballesteros, Rafal, Llanos y Torriglia, Becker, Artolaguirre, Beltrán y Rózpide y el P. Antolín, por no nombrar más. Daban buena cuenta de ello e iban todos a tributar un aplauso público y solemne por la autorizada voz del director de la Academia de la Historia, el marqués de Laurencín, tanto como al Rey, descendiente de los inspiradores y hacedores de la «Unidad Italiana—Carlos Alberto, Víctor Manuel II y Humberto I, sus antecesores—; al varón sabio y estudioso, que ha sabido hermanar el estricto cumplimiento de sus deberes constitucionales con las investigaciones propias de los hombres que cultivan una de las más variadas y útiles ramas auxiliares de la Historia.

Aparecieron SS. MM.: el Rey de Roma, con serenidad y compostura recogida y modesta, resplandeciendo en todo él un rasgo así de llana placidez, seguido del nuestro, tan animoso, decidido, valiente e inteligente, guiados ambos por el director de la Real Academia, el citado marqués de Laurencín, que les hacía los honores con la distinción que le caracteriza, y al que los académicos, y, sobre todo, los correspondientes, le deben un homenaje público de gratitud, no sólo por lo que esta recepción histórica significa, que dicho sea, de paso, no pudo ser ni más brillante ni estar mejor organizada, sino sobre todo porque ha sabido, bajo su dirección, elevar a Academias los grupos de corresponsales que existían en América española, dándolas carácter de filiales de la Real de Madrid, y con ello ha restaurado la hegemonía espiritual de la metrópoli antigua sobre todos los hombres dedicados a la Historia, en las que fueron provincias ultramarinas de la Corona de España. A él concedió S. M. Don Alfonso XIII la palabra después de haber abierto la sesión, y con voz clara y emoción justa dedicó a S. M. Víctor Manuel III el discurso que la Prensa ha recogido ya. Habló después nuestro gran Monarca, y cuando al terminar leyó su breve oración de gracias, el Soberano italiano, al observarle tan de cerca, y al recordar los cien años últimos de la vida de su pueblo, vimos que se ajustaban a él aquellas palabras sobrias y exactas que don Joaquín Francisco Pacheco dejó impresas al narrar en su obra «Italia» la figura espiritual del Monarca, que llama la historia particular de la misma el «Rey libertador», la de Víctor Manuel II, del que decía lo propio que se puede escribir del actual «Liberal sin ser débil; ordenado y económico sin ser mezquino; franco y accesible sin decaer de su dignidad; atendiendo los votos del pueblo sin buscar populachería; cuidando, estimando, fomentando un Ejército sin que a nadie ocurra haya de valerse de él con fines anticonstitucionales. Es un digno jefe de una noble e interesante nación.» En efecto, es Soberano que sabe enlazar la majestad con la humildad, que tan presente tiene lo que le pide y a lo que le obliga la vida pública, como cuanto exige la íntima y familiar; es prudente, liberal y cultísimo, y a este Soberano, Monarca de una nación que hoy es grande por impulso de su voluntad, llena de cabal patriotismo, recibía en su seno la Real Academia de la Historia, atendiendo mas a su propio mérito que a su calidad de Rey. El marqués de Laurencín, galanamente, en su pulcra y apropiada oración, lo dijo. Y el Rey español, el apasionado de los altos ideales, el grande, de igual modo lo expresó. De mano de S. M. Alfonso XIII recibió el Monarca extranjero y amigo el Soberano, de un país amado por los españoles cultos, más por sus virtudes actuales y su grandeza presente que por la inmortalidad de los pasados, la medalla de la Corporación, y el acto oficial acabó.

Habíamos tenido delante por breves momentos al Soberano de aquella patria idealizada por D'Azeglio, Cavour, Mazzini, Manin, Palavicino, el guerrillero Garibaldi y otros no menos gloriosos del período de la formación del «Reino» de Italia, de aquella generación que luchó contra Austria, Prusia y Rusia, que formaban la antiliberal «Santa Alianza», que tuvo que vencer la indiferencia de Inglaterra y orientar la ayuda de Napoleón III, no en el sentido «confederativo» que éste deseaba para Italia, bajo la presidencia del Papa Pío IX y de sus Estados Pontificios, si no en orden a la «Unidad», dentro del lema «La iglesia libre en Estado independiente», la que arrostró las furias de Gregorio XVI, el «non possumus» de Pío IX, la reacción del cardenal Antonelli, las insolentes e irritantes veleidades del despotismo de los Reyes napolitanos Fernando II y Francisco II, la tiranía de Carlos III de Parma, las vejaciones de Leopoldo II, gran duque de Toscana, las persecuciones decretadas por los duques de Módena Francisco IV y V, y, al fin, cuando Francia libraba con Alemania la gran guerra de 1870, y abandonaba a Roma, llegó el momento de la unidad italiana.

Desde esa fecha, la escala del triunfo es franca y clara para Italia, y si durante el reinado del padre del actual Rey, Humberto I, se incrementa la agricultura, la industria y el comercio, y tienen éxitos las brillantes Exposiciones de Milán (1881), de Turín (1884), de Palermo (1891) y de Génova (1892), y se traza la Triple alianza, y da principio a la expansión ultramarina con la obtención de la colonia africana de Eritrea, al subir al Trono su hijo Víctor Manuel III, a raíz del atentado de que el anterior fué víctima en Monza el 29 de julio de 1900, la grandeza de Italia no decae, antes se agiganta y completa, y si en la vida interior se acometen hondas reformas sociales y evolucionan los católicos y el «Non expedit» hacia 1914 resulta letra muerta, en la exterior declara bajo su soberanía, después de la guerra turco-italiana (1911 a 1912) la Tripolitania y la Cirenaica, y al acabar la guerra mundial el «irredentismo» italiano se encuentra satisfecho en todas sus aspiraciones y el «colonismo» nacional con un nuevo territorio, la Jubalandia.

Esta síntesis histórica pasó por nuestra imaginación cuando el Rey Víctor Manuel III, modesto y digno, descendía del estrado, y al verle allí sentimos la satisfacción del que ve a un amigo, y recordamos también que alguna parte nos tocaba en el hecho de encontrarlo entre nosotros, y, en verdad, éste fué el primer deseo que tuvimos al iniciar y fundar en 1913, como lo hizo conocer toda la Prensa de entonces, estando en Roma y siendo miembro de nuestra Escuela Española de Historia y Arqueología y corresponsal de LA EPOCA, el Comité «italo-español» que apoyaron Giolitti, nuestro digno embajador, don Ramón Piña, y el ministro de Estado, señor marqués de Lema, Comité que dió lugar al que se creó en Madrid, presidido por el ilustre duque de Bivona. En aquél se habló del viaje de los Reyes de uno y otro país: se intentó un intercambio intelectual, se procuró la mejor inteligencia comercial, pero, por parte de los españoles, jamás se aprobó ni nunca se dejará de combatir el «trust comercial e industrial» ideado por el economista Artonh sobre el mercado de América del Sur.

La historia de cien años corrió por nuestra memoria y sentimos orgullo de ver realizado un sueño, aunque los hombres no nos hayan guardado las atenciones que merecen los leales y desinteresados amigos. Al ver partir al Rey Víctor Manuel III, aplaudido y vitoreado por la muchedumbre y la aristocracia de la inteligencia española, a nuestros labios acudía una frase que compendia nuestra veneración al Monarca italiano y a su país, frase que fué el grito con que los revolucionarios de 1855 dieron principio a la «Unidad» «¡Italia e Vittorio Emmanuele!»

DOCTOR ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.

La semana musical

El cuarteto Aguilar

Con verdadera satisfacción hemos visto confirmados los elogios que nos había inspirado la singular maestría y la profunda musicalidad de los hermanos Elisa, José, Francisco y Ezequiel González Aguilar, cultivadores, como acaso recuerden los lectores de estas notas musicales, de los instrumentos de punteo, en forma, con alientos y, sobre todo, con orientaciones que les colocan enteramente aparte de cuantas agrupaciones musicales habíamos oído.

La confirmación de esos elogios ha encontrado ocasión propicia en una fiesta íntima, celebrada en casa «Daniel», y para la que el inteligente Ernesto Quesada había convocado a críticos, aficionados distinguidos, algún academico ilustre, artistas notables... Un auditorio de prueba, en suma, en el que se hallaban también los capitostes de la flamante y vigorosa Asociación de Cultura Musical, empezando por su prestigioso presidente, Xavier Cabello, nuestro gran amigo.

Interpretaron un programa verdaderamente demostrativo de las posibilidades técnicas y del dominio que los señores Aguilar han llegado a poseer sobre los instrumentos en que se han especializado, dedicando a su trabajo artístico muchos años de los pocos que, por fortuna para ellos y para el arte, cuentan estos jóvenes y notables artistas.

Clásicos, como Beethoven; románticos, como Weber; modernos, como Turina, y, por último, verdaderas resurrecciones, en su propio medio sonoro, de obras españolas, de Juan del Encina, de Luis de Narváez; Gabriel de Mena, y G. de la Torre.

Todos estos nombres sonarán a cosa desconocida para tantos y tantos españoles de hoy... Y, sin embargo, he aquí que el auditorio reunido para escuchar sus composiciones pudo apreciar hasta qué punto, dentro de la castiza modalidad española, palpitan en estas composiciones—todas interesantes, maravillosas muchas—sentimientos de orden universal; la más honda religiosidad, propia de un pueblo cruzado por la fe; el amoroso anhelo, efluvio natural en el jardín donde ha florecido la primera lírica del orbe; el sano y confortante humorismo que exhalan tantas regocijadas páginas de nuestra picaresca, y todo ello en expresiones musicales que parecen anticipos de cuanto hay de más alto y cordialmente estético en la historia del arte divino; todo ello ponía un agri dulce en la fruición. También en esto habíamos vuelto la espalda a los veneros de belleza espontánea, para lanzarnos a la busca y adopción de lo forastero, hasta hundir, hasta enterrar, lo personal y autóctono.

Escuchar en aquel ambiente de cultura y de atención inteligente las magníficas concepciones de nuestros grandes vihuelistas era, ciertamente, un regalo del alma, y un motivo de rubor.

Precisamente en esa estriba el singular mérito de los señores Aguilar, en cuyas manos, mejor diríamos en su corazón, toman nueva vida las encantadoras músicas españolas, que, a lo sumo, han recibido un intento de educación moderna, sin el esfuerzo de la comprensión y la versión sonora, puesto que, como decía Espinel, el oído es juez y aduana.

Los aplausos a esta hermosa labor, que los hermanos Aguilar continúan con aguda perspicacia artística, fueron muchos y tan valiosos como de la calidad del concurso podían ser: en la Prensa y en los juicios autorizados de nuestros admirados colegas de la crítica que pudieron asistir, han tenido el eco que, sin duda, merecen. Arregui, Pérez Dolz, «Juan del Brezo», todos ven—¿cómo no habían de verla ellos?—la trascendencia de un empeño de reivindicación artística española como éste que realiza el Cuarteto Aguilar, no limitándose a trascribir lo que ya es, en ocasiones, mucho, sino sirviendo, con clarividentes interpretaciones personales, de mediadores, a través de trescientos o cuatrocientos años, entre un número creador y sensibilidades actuales, puesto que estas partituras carecen de toda indicación de aire y de matiz.

Si se nos permite, añadiremos que la Biblioteca Musical Circulante del Ayuntamiento madrileño se honra en tener entre sus clientes más asiduos a los señores Aguilar, que saben aprovechar de tan patriótica y tan eficaz manera las facilidades reglamentarias fundamentales del instituto para estudiar, seleccionar, transcribir y, naturalmente, interpretar de un modo tan cordial, los documentos y cancioneros que en dicha Biblioteca Municipal Circulante existen.

Con toda efusión felicitamos a los jóvenes y ya tan considerables musicólogos y artistas que forman el Cuarteto Aguilar. Los compositores deben retener este nombre, que habrá que agregar a la lista gloriosa de los grandes vihuelistas españoles.

Fortea

En la penuria de sucesos musicales propia del término del curso, señálase una aparición del maestro Fortea, en el concierto terminal de la Cultural Guitarrística. Fué una sesión de gran interés, en que lució la técnica que maravilla a sus alumnos y el público puede apreciar pocas veces. Fué aplaudidísimo en gran justicia.

VICTOR ESPINOS

LA CIENCIA DEL SUEÑO

Dentro de la modesta filosofía que hemos formado para andar por este mundo, hay este principio, que de muy antiguo hubimos de elevar a la categoría de axiomático: «El hecho es uno de esos útiles muebles que nunca sabremos agradecer bastante a nuestros gloriosos y comodones antepasados».

Si creyéramos en el espiritismo, llamaríamos al espíritu del inventor para darle las gracias por el inestimable placer de permitirnos utilizar su blando y práctico descubrimiento, no solo en esas noches invernales que invitan al baile zapateado antiguo para distraer el temblor general y el molesto ruido del cierzo o del chaparrón, sino en cualesquiera de las otras en que, fatigados por el trabajo, nos llama Morfeo.

Hemos dicho inestimable, porque son muy pocos, escasísimos, los hombres que han aprendido a saborear de veras este, al parecer, insignificante deleite. No saben dejar todas sus preocupaciones a la puerta de la alcoba, y aunque también les oye patalear el vecino de abajo, no es a causa del frío, contrarrestado a veces por la calefacción central, sino por los nervios irritados que descargan así su mal. Recuerda a aquel individuo que, creyéndose víctima de su eterna desgracia, se encuentra una moneda en la calle y exclama:

«¡Diez céntimos! ¡Otro cualquiera, en mi lugar, se habría encontrado un duro!»

No se le ocurre pensar que son muchos los que no se encuentran nada, porque dentro de la filosofía del ambicioso no encuadra aquella de que «el que no es feliz con poco, con nada se contenta». Otro primer principio relacionado con el anterior a poco que el lector se fije.

La manera de reparar en ello es sencillísima. Acordémonos de las camas de las casas de huéspedes, de las fondas, de los hospitales y de los barcos; de los insectos que operaban en algunas de ellas; de los bandazos, del ruido de la máquina, del olor de las cocinas de los trasatlánticos; de las noches de insomnio producidas por la fatiga intelectual; de las de fiebre entre personas desconocidas o enemigas de nuestra Patria; de aquellas que siguieron a la pérdida del hijo o de la madre, a quien no vimos morir..., y entonces, cumplido el deber de no olvidar a los que amamos, e iniciado el recuerdo de las noches amargas ya pasadas, es preciso aplastar instantáneamente ese recuerdo, buscando el contraste en la situación actual.

«Ahora—hay que decir—no tengo fiebre, ni me duele la cabeza, ni me preocupa nada.» «En estas sábanas no ha dormido nadie más que yo.» «La noche está muy fría, pero aquí no se siente.» «Tengo mi luz eléctrica, y aunque la Compañía escatima la intensidad y apenas me permite leer, al fin y al cabo por estaba cuando carecíamos de bujías y había que desnudarse a la luz de la luna...» «¡Qué tristes aquellas noches de luna pasadas en poder de los insurrectos, oyendo a lo lejos, cuándo el himno cubano de la murga pueblerina, cuándo la guajira o la danza de los bailes familiares, sin esperanza de alcanzar la luz del nuevo día!»

¡Parece mentira que sea una misma la luna de aquellas noches y la de esta noche, en que me dispongo a dormir pensando en la vida...! ¡Qué hermosa es la vida...! ¡Qué bueno es el sueño...! ¿Habrá alguien que no haya pasado una noche mala siquiera? ¿No? Pues ya tiene una muestra, un término de comparación. ¿Sí? ¿Durmió siempre bien? Acuérdese entonces de los que duermen a la intemperie en el quicio de una puerta, en los bancos del Paseo de Mayo; piense en los que no han cenado, en los que quizá no comerán mañana; en aquellos que yacen en el lecho del dolor; en los que velan el cadáver de un ser querido, y ya tiene, en la desgracia ajena, en el mal de los demás—que también es nuestro—un punto de partida para establecer el contraste. «El no sufre y va a dormir.» «¡Tranquilo?» Con una condición: la de que mañana mismo *hará algo en beneficio de alguien*... Sólo así se adquiere el derecho a cerrar los ojos y a disfrutar de un minuto, un segundo, si se quiere, de paz y dulzura, antes de conciliar el sueño. Habrá comprado con un propósito noble un gajo de dicha. ¡No es poco en estos tiempos y en todos los tiempos!

¿No viene el sueño? ¡Ah!, es preciso traerle de cualquier modo. Primero, limpiar la mente de preocupaciones, según hemos dicho. Nada de odios, envidias, rencores y demás enemigos que nos acechan. Nada de política. Lo más, fijar en síntesis, rápidamente, el trabajo que nos aguarda para el día siguiente: «Mañana terminaré tal capítulo del libro, escribiré a mi familia, iré al Ministerio, a la sastrería, a visitar a Fulano.» Así, todo muy determinado y muy conciso, haciendo desfilar las horas que hayan de ocuparse en cada cosa. Ello prepara y aligera grandemente la labor en proyecto; pero tan pronto, tenemos un programa mínimo; si el sueño se hace de rogar, hay que acudir al periódico insulso, al cuento aburrido, lleno de descripciones interminables; al libro, en fin, más monótono, desagradable, que debe estar siempre de reserva en nuestra mesa de noche, muy propicio a llenar oportuna y cumplidamente su papel hipnótico. De esta clase de libros se escriben muchos en nuestro país. No hay casi que andar seleccionando; para uno que emocione, que enseñe, que deleite o que guíe siquiera nuestro entendimiento, hay miles y miles completamente vacíos de interés. ¡Quién sabe si el nuestro superará a los demás en su virtud hipnótica! A ello vamos. Puede que el lector se nos duerma en cuanto entremos en el aspecto higiénico del asunto.

¿Conviene dormir inmediatamente después de comer? En esto no hay regla. A unos, sí; a otros, no.

A los dispépticos es absolutamente necesario el reposo durante la primera parte de la digestión. El ejercicio, aunque sea moderado, les produce perturbaciones. En cambio, hay muchos a quienes el paseo tranquilo les proporciona bienestar, encontrándose también personas que pueden soportar sin inconveniente un violento ejercicio después de comer. En los colegios, los juegos son, por regla general, a esas horas.

Es, pues, necesario distribuir a los individuos en tres categorías: los capaces de ejercicios violentos, los que favorecen la digestión con paseos moderados y los que tienen necesidad de reposo y sueño al comenzar aquélla.

Ese estado de somnolencia que a algunas per-

© Biblioteca Nacional de España